

EL ATRACO

Bien dicen que «Febrero loco», porque la verdad es que estamos en un manicomio suelto.

Enero no fué tampoco muy cuerdo; pero á medida que el año avanza, los caracteres de aquella enfermedad se recrudecen.

El invierno es terrible; el atraco está á la orden del día, y son muchas las personas conocidas que han decidido dedicarse á la honrosa profesión de atracadores.

Nunca con mayor razón que ahora se puede decir que hay que vivir prevenidos, porque donde menos se piensa salta un amigo de lo ajeno, que exclama:

—¡Alto! Deme usted todo lo que lleve encima.

Y algunos son tan cándidos que les dan la capa.



Otros, en cambio, son más precavidos y llevan encima todo un arsenal.

Los discípulos de Caco, juzgándoles por su exterior de personas inofensivas, les detienen faca en mano, pero, ¡horror!, el sencillo transeunte resulta una plaza fuerte, con un revólver-ametralladora en la mano, de catorce tiros y medio.

En cambio, otros pobrecitos, de esos que miran con ojos de codicia estomacal los escaparates de las pastelerías, y que hasta van á comerse un panecillo delante de las ventanas de una fonda, para no comerlo solo y mezclarlo con el olorcillo que sale de las cocinas, suelen ser víctimas del atraco nocturno y á mano armada.

Armada á veces de una terrible estaca que está á punto de dejarlos para siempre en la estacada.

Es que ya, como dicen los mismos ladrones, hasta los hombres de valor, ó con valores, se falsifican, y donde se cree que hay un reloj de oro resulta luego uno de latón sin rueda catalina.

Cuando esto ocurre es cuando sube de punto la ira de los cacos, y hacen de las suyas.

Como la que anteayer le hicieron á un pobre traspunte jubilado, al que, después de quitarle un gabán marrón que le regaló hace dieciséis años Mariano Fernández, y



no encontrarle otra cosa útil, le propinaron una paliza de órdago, y es lo que decía filosofando un guardia que le encontró tendido en la acera:

—¡Vea usted las consecuencias del hambre y la pobreza!

A todo esto, la mayoría de nuestras celosas autoridades, por más que mira, menos ve, y el famoso y simbólico gallo de la vigilancia es un pavo que nunca cacarea, y el pobre transeunte—y algunos que no lo son, porque hay también el atraco á domicilio para los que así lo deseen—, es quien suele quedarse como el gallo de Morón.

Ya sé yo de un punto que se propone inaugurar uno de estos días una serie de conferencias al aire libre, acerca de «El hurto y sus derivados».



Si, como es de creer, y yo espero, este orador á la intemperie logra sus propósitos, será cosa de ver y de oír cómo explica la teoría, mientras en el corro de de sus oyentes se practica por varios alumnos adelantados.

A pesar de lo cual se equivocarán algunas veces, y entonces el maestro reclamará el auxilio de los del Orden, diciéndoles:

—Detengan ustedes á ese caballero, por no llevar ni un mal billete de cinco duros en el bolsillo.

Candela.

¿POR QUÉ HE DE SER MENOS?

Cuentan del diablo que un día tan desesperado estaba de ver que el mundo marchaba mejor de lo que él quería, que, no sabiendo qué hacer para evitar su derrota, á una vieja galeota fué á pedirle parecer.

La buena mujer aquella, á cambio de medio duro, le sacó de tal apuro y dió fin á su querrela.

Ignoro el procedimiento; sólo sé, por quien lo vió, que el diablo allí triste entró y que salió muy contento.

Desde entonces, Belcebú, á quien el bien de otro anhela, con esta frase consuela:

—¿Por qué has de ser menos tú?—

Y sin cesar prodigando el consejo traicionero, á su antojo el mundo entero ha ido otra vez trastornando.

Que aunque algunos tal manera de proceder mucho impugnan, en realidad todos pugnan por salirse de su esfera.

Quien, por chiripa, ha llegado á vivir del presupuesto, y se contenta con esto, no aspira á ser diputado.

El que en la milicia asciende siquiera á cabo segundo, encuentra pequeño el mundo y ser general pretende.

El que por su suerte extraña, siendo de obscuro linaje, llega á tener carruaje, quiere ser grande de España.

El médico de experiencia que es bruto de nacimiento, cree que no hay padecimiento que no lo cure su ciencia.

El poeta de relambrón que en un certamen casero obtiene el premio primero, se cree igual á Calderón.

Y siempre, en todos sentidos, se ven los hombres burlados, pues son muchos los llamados y pocos los escogidos.

Dirán ustedes: —Y bien: ya que tú conoces eso, ¿por qué te exprimes el seso para hacer versos también?

Mas como el diablo no deja de repetirle á ninguno el consejo inoportuno

que aquella maldita vieja sin duda le recetó, en esta razón me fundo:

—¿No hace versos todo el mundo? ¿Por qué he de ser menos yo?

Salvador Roldán.

LAMENTOS

Á MI APRECIABLE AMIGO ANASTASIO BENITO MURCIANO

Triste, angustiado y sombrío corriendo voy sin cesar en busca del sino mío, como el caudaloso río corre en busca de la mar.

Voy llorando, voy llorando. Mis lágrimas, ¿quién las ve? con los pies las voy pisando, y el polvo las va secando que con ellos levanté.

Yo acompaño con mi lira de mi pecho el triste son, y el triste en vano suspira, nadie escucha mi canción.

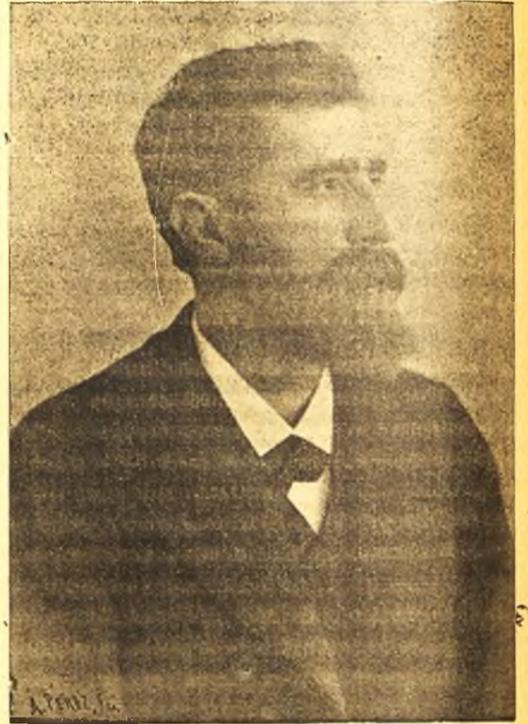
Degraciado peregrino con mi lúgubre laúd corro solo mi camino, pues la paz, según mi sino, se encuentra... ¡en el ataúd!

Juan Mateos Ramos.

FELICIDAD

¿Dónde está la senda que á ella nos conduce? Nadie ignora ni discute ya, que la tendencia natural del espíritu humano, es apartarse del camino que la sabia Naturaleza nos señala, buscando otros medios de los marcados por ella, caminos muy distintos con los que pretende alcanzar el mismo fin.

Ese gran libro que con más ó menos intensidad, que más ó menos profundamente estudiamos todos, y que lleva por lema *Experiencia*, nos revela con una indiferencia cruel, con fatídica sonrisa, la imposibilidad de gozar la felicidad á que aspiramos; nos enseña, que el sumo bien, lo infinito, lo sublime, la absoluta felicidad, está en la idea, sombra que se aleja á medida que en la región del infinito vamos avanzando, que más lejos se encuentra cuanto más nos acercamos, que huye, porque la



D. TOMÁS BRETON

autor de la ópera española, «RAQUEL»

buscamos, saliéndonos al paso, cuando nosotros huímos; fantasma que perseguimos, y, cuando nuestra trémula mano pretende darle alcance, se evapora abandonando el manto de engaños con que se cubre.

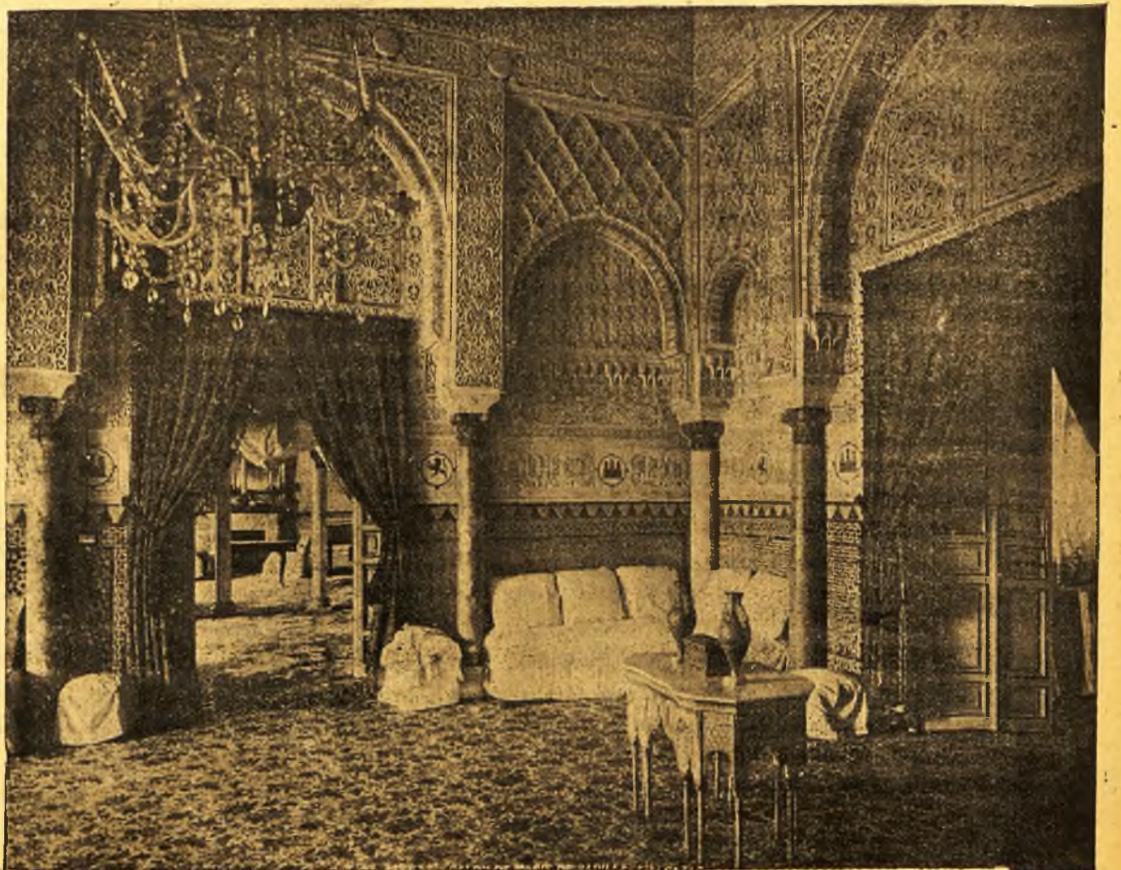
La ilusión de la idea de felicidad, se convierte en amargura al contemplar la forma que reviste; constantemente la comparación entre lo ideal y lo real, siempre el desengaño, caminando tras la ilusión, siempre el desencanto del que siente, siempre la desgracia del que piensa.

Deseos y facultades; voluntad y potencia; he aquí los factores indispensables para alcanzar la felicidad relativa, única á que podemos aspirar, cuyo camino no está precisamente en disminuir los deseos y ampliar nuestras facultades. La verdadera senda, esa que la Naturaleza nos señala, está en atenuar el exceso de nuestros deseos con relación á nuestras facultades, procurando reducir á perfecta igualdad la voluntad con la potencia, no deseando, sino aquello que podemos alcanzar, no aspirando, sino á lo que por nuestra condición y méritos nos pertenece.

Sólo en este caso, hallándose en acción todas nuestras fuerzas, permanecerá tranquilo el ánimo y se encontrará bien ordenado el hombre, el espíritu descansará, no ambicionando sino lo que puede satisfacer.

S. Sandoval y Fautes.

San Clemente 1900.



ALCÁZAR DE SEVILLA.—Salón de Doña María de Padilla